

suscepti sint, qui virtute ac nobilitate præstantes, magno Reipublicæ nostræ usui atque ornamento fuissent, vel esse aliquando possent: Nos, majorum nostrorum exemplo atque auctoritate permoti, præclaram hanc consuetudinem nobis imitandam ac servandam fore censemus. Quamobrem quum Ill^{mo} Michael Montanus, eques Sancti Michaelis, et a cubiculo regis Christianissimi, Romani nominis studiosissimus, et familiæ laude atque splendore, et propriis virtutum meritis dignissimus sit, qui summo Senatus Populique Romani judicio ac studio in Romanam civitatem adsciscatur; placere Senatui P. Q. R., Ill^{mo} Michaeli Montano, rebus omnibus ornatissimum, atque huic inclyto Populo carissimum, ipsum posterosque in Romanam civitatem adscribi, ornarique omnibus et præmiis et honoribus, quibus illi fruuntur, qui cives patrii Romani nati, aut jure optimo facti sunt. In quo censere Senatui P. Q. R., se non tam illi jus civitatis largiri, quam debitum tribuere, neque magis beneficium dare, quam ab ipso accipere, qui, hoc civitatis munere accipiendo, singulari civitatem ipsam ornamento atque honore affecerit. Quam quidem S. C. auctoritatem iidem Conservatores per Senatus P. Q. R. scribas in acta referri, atque in Capitolii curia servari, privilegiumque hujusmodi fieri, solitoque urbis sigillo communiri curarunt. Anno ab urbe condita cxc ccc xxxi; post Christum natum M D LXXXI, III idus martii,

HORATIUS FUSCUS, *sacri S. P. Q. R. scriba.*

VINCENT. MARTHOLUS, *sacri S. P. Q. R. scriba.*

No siendo ciudadano de ninguna ciudad, satisfecho estoy de serlo de la más noble entre las que fueron y serán. Si

do al Senado por Oracio Massimi, Marzo Cecio y Alejandro Muti, Conservadores de la ciudad de Roma, relativo al derecho de ciudadanía romana que ha de otorgarse al Ilustrísimo Miguel de Montaigne, caballero de la orden de San Miguel y gentilhomme ordinario de la cámara del rey cristianísimo, el Senado y el pueblo romano han decretado lo que sigue:

» Considerando que según una costumbre antigua entre nosotros fueron siempre adoptados con solicitud y ardor aquellos que, sobresaliendo en virtud y nobleza, sirvieron y honraron nuestra república, ó que algún día pudieran servir la y honrarla: Nos, llenos de respeto para con el ejemplo y autoridad de nuestros antepasados, nos creemos en el deber de imitar y conservar esta laudable costumbre. Por estas razones, el Ilustrísimo Miguel de Montaigne, caballero de la orden de San Miguel y gentilhomme ordinario de la cámara del rey cristianísimo, muy celoso del nombre romano, siendo por el rango y por el brillo de su familia, al par que por sus prendas personales, muy digno de que le sea concedido el derecho de ciudadanía romana por el supremo testimonio de los sufragios del Senado y del pueblo romano; el Senado y el pueblo romano han tenido á bien acordar que el Ilustrísimo Miguel de Montaigne, á quien adoran toda suerte de méritos y además persona muy querida de este noble pueblo, fuese inscripto como ciudadano romano, así él como su posteridad, y llamado á gozar de todos los honores y privilegios reservados á los que nacieron ciudadanos y patricios de Roma, ó llegaron á serlo por mejores títulos. Con lo cual el Senado y el pueblo romanos entienden mejor pagar una deuda que otorgar un derecho; y como menor consideran el servicio que procuran que el recibido de quien acogiendo este derecho de ciudadanía ilustra y honra á la ciudad misma. Los Conservadores hicieron que los secretarios del Senado y del pueblo romano transcribiesen este senadoconsulto para que fuese depositado en los archivos del Capitolio, levantando además esta acta, en la cual va estampado el sello ordinario de la ciudad. Año 2331 de la fundación de Roma, y 1581 del nacimiento de Jesucristo, á 13 de marzo.

» ORACIO FOSCO, Secretario del Sacro Senado y del pueblo romano.

» VICENTE MARTOLI, Secretario del Sacro Senado y del pueblo romano.»

los demás se consideraran atentamente como yo, reconocieranse como yo henchidos de vanidad é insulsez. De ellas no puedo desposeerme sin acabar conmigo. Repletos estamos todos de ambas cosas, mas los que no lo advierten creen hallarse más aligerados; y aun de esto no estoy muy seguro.

Esta idea y común usanza de mirar á otra parte y no á nosotros mismos recae cabalmente en nuestra ventaja, por ser una cosa cuya vista no puede menos de llenarnos de descontento. En nosotros no vemos sino vanidad y miseria: con el fin de no desconfortarnos la naturaleza lanzó, ¡cuán sagazmente! hacia fuera la acción de nuestros ojos. Adelante vamos, donde la corriente nos lleva, mas replegar en nosotros nuestra carrera es un penoso movimiento: la mar se revuelve y violenta así cuando de nuevo es empujada hacia sus orillas. Considerad, dicen todos, los movimientos celestes; mirad á las gentes, á la querrela de éste, al pulso de aquél, al testamento del otro. En conclusión, mirad siempre alto, bajo ó al lado vuestro, delante ó detrás de vosotros. Era un precepto paradójico el que nos ordenaba aquel dios en Delfos, diciendo: mirad en vosotros; reconoced; depended de vosotros mismos: vuestro espíritu y vuestra voluntad que se consumen fuera, conducidlos á sí mismos: os escurris y os esparcis; fortificaos y sosteneos: se os traiciona, se os disipa y se os aparta de vuestro ser. ¿No ves cómo este mundo mantiene sus miradas sujetas hacia dentro, y sus ojos abiertos para á sí mismo contemplarse? Tú no hallarás nunca sino vanidad, dentro y fuera, pero será menos vana cuanto menos entendida. Salvo tú, ¡oh hombre! decía aquel dios, cada cosa se estudia la primera, y posee, conforme á sus necesidades, límites á sus trabajos y deseos. Ni una sola hay tan vacía y menesterosa como tú, que abarque el universo mundo. Tú eres el escrutador sin conocimiento, el magistrado sin jurisdicción y, en conclusion, el bufón de la farsa.

CAPÍTULO X

GOBIERNO DE LA VOLUNTAD

Comparado con el común de los hombres pocas cosas me impresionan, ó por mejor decir, me dominan, pues es razón que nos hagan mella, siempre y cuando que dejen de poseernos. Pongo gran cuidado en aumentar, por reflexión y estudio, este privilegio de insensibilidad, que naturalmente adelantó ya bastante en mí; por consiguiente son contadas las cosas que adopto, y pocas también aquellas por que me apasiono. Mi vista es clara, pero la fijo en

escasos objetos: en mí, el sentido es delicado y blando, mas sordas y duras la aprensión y la aplicación. Difícilmente me dejo llevar; cuanto me es dable empléome en mí por completo, y aun en esto mismo sujetaría, sin embargo, y sostendría de buen grado mi afición, á fin de que no se sumergiese en mi individuo sobrado entera, puesto que se trata de cosa entregada á la merced ajena y en la cual el acaso tiene más derecho que yo; de suerte que, hasta la salud, que tanto estimo, me precisaría no deseársela ni darme á ella tan furiosamente que llegara á encontrar insoportables las enfermedades. Debemos moderarnos entre el odio del dolor y el amor del goce; y Platón ordena que detengamos entre ambos la senda de nuestra vida. Pero á las afecciones que de mí me apartan y que fuera me sujetan, me opongo con todas mis fuerzas. Mi parecer es que hay que prestarse á otro, pero no darse sino á sí mismo. Si mi voluntad se viera propicia á hipotecarse y á aplicarse, yo no daría gran cosa; soy naturalmente blando por naturaleza y por hábito.

Fugax rerum, securaque in otia natus ¹.

Los debates reñidos y porfiados, que acabarían por fin en ventaja de mi adversario; el desenlace, que trocaría en vergonzoso mi perseguiimiento acalorado, me roerían quizás cruelmente: hasta en caso de acierto, como acontece á algunos, mi alma no dispondría jamás de fuerzas bastantes para soportar las alarmas y emociones que acompañan á los que todo lo abarcan: se dislocaría incontinenti á causa de semejante agitación intestina. Si alguna vez se me empujó al manejo de extraños negocios, prometí ponerlos en mi mano, no en el pulmón ni en el hígado; encargarme de ellos, no incorporármelos; cuidarme, sí; pero apasionarme, en modo alguno: los considero, mas no los incubo. Sobrado quehacer tengo con disponer y ordenar la barahunda doméstica, que me araña las entrañas y las venas, sin inquietarme y atormentarme con los extraños, y me encuentro bastante interesado en mis cosas esenciales, propias y naturales, sin convidar á ellas otras ferriadas. Los que conocen cuánto se deben á su persona, y cuántos son los oficios que consigo mismos deben cumplir, reconocen que la naturaleza les procuró semejante comisión bastante llena y en ningún modo ociosa: «Tienes en tu casa labor abundante, no te apartes de ella.»

Los hombres se entregan en alquiler: sus facultades no son para ellos, son para las gentes á quienes se avasallan; sus inquilinos viven en ellos, no son ellos quienes viven. Este humor común no es de mi gusto. Es necesario econo-

1. Huidor de los trabajos, nacido para la calma del ocio, y en elocio tranquilo y reposado. OVIDIO, *Trist.*, III, 2-9.

mizar la libertad de nuestra alma y no hipotecarla sino en las ocasiones justas, las cuales son contadas, á juzgar sanamente. Ved las gentes enseñadas á dejarse llevar y agarrar; en todas ocasiones así proceden, en las cosas insignificantes como en las importantes, en lo que nada les va ni les viene, como en lo que les importa; indiferentemente se ingieren donde hay tarea y ocupación, y se encuentran sin vida hallándose libres de agitación tumultuosa: *in negotiis sunt negotii causa* ¹, «no buscan la labor sino para atarearse». No es que quieran marchar, sino más bien que no se pueden contener, ni más ni menos que la piedra sacudida en su caída no se para hasta dar en el suelo. La ocupación para cierta suerte de gentes es como un sello de capacidad y dignidad; el espíritu de éstas busca su reposo en el movimiento, como los niños en la cuna: en verdad pueden decirse tan serviciales para sus amigos como importunos á sí mismos. Nadie distribuye su dinero á los demás, pero todos reparten su tiempo y su vida: nada hay de que seamos tan pródigos como de estas cosas, de las cuales únicamente la avaricia nos sería útil y laudable. Yo adopto un modo de ser opuesto: me apoyo en mí, y ordinariamente apetezco blandamente lo que deseo, y deseo poco; me ocupo y atareo en el mismo grado, tranquilamente y rara vez. Todo lo que quieren y manejan, lo anhelan con toda su voluntad y vehemencia. Tantos malos pasos hay en la vida, que aun en el más seguro precisa escurrirse un poco ligera y superficialmente, y resbalar sin hundirse. La voluptuosidad misma es dolorosa cuando es intensa:

Incedis per ignes
Suppositos cineri doloso ².

Los señores de Burdeos me eligieron alcalde de su ciudad hallándome alejado de Francia y todavía más apartado de tal pensamiento; yo me excusé, pero se me dijo que hacía mal procediendo así, puesto que la orden del rey se interponía también. Este es un cargo que debe parecer tanto más hermoso cuanto que carece de remuneración distinta al honor de ejercerlo. Dura dos años, pero puede ser continuado por segunda elección, lo cual ocurrirá muy rara vez, y aconteció conmigo; y no había sucedido más que otras dos veces antes, algunos años había, al señor de Birón, mariscal de Francia, de quien yo ocupé el puesto, dejando el mío al señor de Matignón, también mariscal de Francia. Puedo no en vano gloriarme de tan noble compañía;

Uterque bonus pacis bellique minister ³.

1. SÉNECA, *Epist.* 22. Montaigne traduce estas palabras después de haberlas citado.

2. Camináis sobre fuego, oculto bajo ceniza engañosa. HORACIO, *Od.*, II, 1-7.

3. Uno y otro buenos ministros en la paz y en la guerra. VIRGILIO, *Enci-da*, XI, 653.

Quiso la buena fortuna contribuir á mi promoción por esa particular circunstancia que de su parte puso, no del todo vana, pues Alejandro no paró mientes en los embajadores corintios que le brindaban con la ciudadanía de su ciudad; mas cuando le dijeron que Baco y Hércules figuraban también en el mismo registro, les dió gracias por ello muy cumplidas.

A mi llegada me descubrí fiel y concienzudamente tal y como me reconozco ser: desprovisto de memoria, sin vigilancia, sin experiencia y sin vigor; pero también sin odios, sin ambición, sin codicia y sin violencia, á fin de que fueran informados é instruidos de cuanto podían esperar de mi concurso; y porque sólo el conocimiento de mi difunto padre les había incitado á mi nombramiento en honor de su memoria, añadí bien claramente que me contrariaría mucho el que ninguna cosa, por importante que fuese, hiciera tanta mella en mi voluntad como antaño hicieran en la suya los negocios de su ciudad mientras él la gobernó en el cargo mismo á que me habían llamado. En mi infancia recuerdo haberle visto ya viejo, con el alma cruelmente agitada á causa del trajin de su empleo, olvidando el dulce ambiente de su casa, donde la debilidad de los años le había sujetado largo tiempo antes, sus negocios y su salud; menospreciando su vida, que estuvo á punto de perder, comprometido por las cosas públicas á largos y penosos viajes. Así fué mi padre, y era el origen de este humor su naturaleza buenisima: jamás hubo alma más caritativa ni amiga del pueblo. Esta conducta que yo alabo en los demás no gusto seguirla, y para ello tengo mis razones.

Había oído decir que era menester olvidarse de sí mismo en provecho ajeno; que lo particular nada significaba comparado con lo general. La mayor parte de las reglas y preceptos del mundo toman este camino de lanzarnos fuera de nosotros, arrojándonos en la plaza pública para uso de la pública sociedad: pensaron hacer una buena obra con apartarnos y distraernos de nosotros, presuponiendo que estábamos sobrado amarrados con sujeción natural, y nada economizaron para este fin, pues no es cosa nueva en los sabios el predicar las cosas tal y como sirven, no conforme son. La verdad tiene sus impedimentos, obstáculos é incompatibilidades con nuestra naturaleza; precisanos á veces engañar, á fin de no engañarnos, cerrar nuestros ojos y embotar nuestro entendimiento para enderezarlos y enmendarlos: *imperiti enim judicant, et qui frequenter in hoc ipsum fallendi sunt, ne errent*¹. Cuando nos ordenan amar, antes que nosotros, tres, cuatro y cincuenta suertes de cosas, representan el arte de los arqueros, quienes para

1. Juzgan, indoctos, de lo que no entienden, y para que no se equivoquen hay que engañarlos muchas veces en el mismo asunto en que han de juzgar. *QUINTIL Inst. orat.*, II, 17.

dar en el blanco van clavando la vista por cima del mismo grande espacio: para enderezar un palo torcido se retuerce en sentido contrario.

Creo yo que en el templo de Palas, como vemos en todas las demás religiones, habría misterios aparentes para ser mostrados al pueblo, y otros más secretos y elevados que se enseñaban solamente á los profesos; verosímil es que en éstos se encuentre el verdadero punto de la amistad que cada cual se debe: no una amistad falsa que nos haga abrazar la gloria, la ciencia, la riqueza y otras cosas semejantes con afección principal é inmoderada, como cosas que á nuestro ser pertenecieran, ni que tampoco sea blanda é indiscreta, en que acontezca lo que se ve en la hiedra, que corrompe y arruina la pared donde se fija, sino una amistad saludable y ordenada, igualmente útil y grata. Quien conoce los deberes que impone y los práctica, digno es de penetrar en el recinto de las Musas; alcanzó la meta de la sabiduría humana y la de nuestra dicha: conociendo puntualmente lo que se debe á sí propio, reconoce en su papel que debe aplicar á sí mismo la enseñanza de los otros hombres y del mundo, y para practicar esto contribuir al sostén de la sociedad política con los oficios y deberes que le incumben. Quien en algún modo no vive para otro, apenas vive para sí mismo: *qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse*¹. El principal cargo que tengamos consiste en que cada cual cumpla el deber asignado; para eso estamos aquí. De la propia suerte que sería tonto de solemnidad quien olvidara vivir bien y santamente, pensando hallarse exento de su deber encaminando y dirigiendo á los demás, así también quien abandona el vivir sana y alegremente por consagrarse al prójimo, adopta á mi ver un partido perverso y desnaturalizado.

No quiero yo que dejen de otorgarse á los cargos que se aceptan la atención, los pasos, las palabras, y el sudor y la sangre, si es menester,

Non ipse pro caris amicis,
Aut patria, timidus perire²,

pero que se otorguen solamente de prestado y accidentalmente, de manera que el espíritu se mantenga siempre en reposo y en salud, y no tan sólo de acción desposeído, sino de pasión y vejación. El obrar simplemente le cuesta tan poco, que hasta durmiendo se agita; pero es necesario que con discreción se ponga en movimiento, porque es el cuerpo quien recibe las cargas que se le echan encima cabalmente conforme son; el espíritu las extiende y las hace pesadas,

1. El que es amigo de sí mismo está seguro que es amigo de los demás. *SÉNECA, Epist.* 6.

2. No sólo por mis amigos caros, sino también por la patria, débil y todo como soy, sacrificaré mi vida. *HORACIO, Od.*, IV, 9, 51.

en ocasiones á sus propias expensas, dándolas la medida que se le antoja. Las mismas cosas se ejecutan con esfuerzos diversos y diferente contención de voluntad; el uno marcha bien sin el otro: y en efecto, cuantísimas gentes vemos lanzarse todos los días en las guerras, de las cuales poco ó nada les importa, lanzándose en los peligros de las batallas, cuya pérdida para nada trastornará su vecino sueño. Tal en su propia casa, lejos de este peligro que ni siquiera contemplarlo osaría, se apasiona más por el desenlace de la lucha y tiene el alma más trabajada que el soldado que expone su sangre y su vida. Pude yo mezclarme en los empleos públicos sin apartarme de mí ni siquiera en lo ancho de una uña, y darme á otro sin abandonarme á mí mismo. Esa rudeza y violencia de deseos imposibilita más bien que sirve al manejo de lo que se emprende; nos llena de impaciencia hacia los sucesos contrarios ó tardíos, y de animadversión y sospecha hacia aquellos con quienes negociamos. Jamás conducimos bien las cosas por que somos poseídos y llevados:

Male cuncta ministra
Impetus ¹.

Quien no emplea sino su habilidad y criterio procede con mayor contento; simula, pliega y difiere todo á su albedrío, según la necesidad de las ocasiones lo exige; y si no acertada, permanece sin tormento ni aflicción, presto y entero para una nueva empresa, caminando siempre con la brida en la mano. En el que está embriagado por su pasión violenta y tiránica, vese necesariamente mucho de imprudente y de injusto: la impetuosidad de su deseo le arrastra, sus movimientos son temerarios, y si la fortuna no le da la mano, da escaso fruto. Quiere la filosofía que en el castigo de las ofensas recibidas, distraigamos nuestra cólera, no á fin de que la venganza sea menor, sino al contrario, para que vaya tanto mejor encaminada y sea más dura: efectos que la impetuosidad no procura. No solamente la cólera trastorna, sino que además, por sí misma, cansa también el brazo de los que castigan; este fuego aturde y consume su fuerza: como en la precipitación, *festinatio tarda est*²; « el apresuramiento se pone á sí mismo la piedad, se embaraza y se detiene », *ipsa se velocitas implicat*³. Por ejemplo, á lo que yo veo en el uso ordinario, la avaricia no tropieza con mayor impedimento que ella misma; cuanto más tendida y vigorosa, es menos fértil; comunmente atrapa las riquezas con prontitud mayor, disfrazada con imagen liberal.

1. Todas las cosas dirige mal el arrebato. ESTACIO, *Thebaida*, X, 704.

2. El apresuramiento es causa de retraso. QUINTO CURCIO, IX, 9, 12.

3. SÉNECA, *Epist.* 41. Estas palabras, algo modificadas por Montaigne, termina la epístola; la castellana precedentes las traducen.

A un gentilhombre muy honrado y mi amigo, faltóle poco para trastornar la salud de su cabeza á causa de la apasionada atención y afección que puso en los negocios de un príncipe, su dueño ¹, el cual se me descubrió á sí mismo diciendo « que veía el peso de los accidentes como cualquiera otro, pero que en los irremediables resignábase de repente al sufrimiento; en los otros, luego de haber ordenado las provisiones necesarias, — lo cual le es dable realizar con premura por la vivacidad de su espíritu, — espera tranquilamente lo que sobreviene ». Y así es en verdad; yo le vi sobre el terreno, manteniendo una tranquilidad magnífica, y una libertad de acciones y de semblante grandes al través de negocios graves y muy espinosos. Más grande y capaz le veo en la adversa que en la próspera fortuna; sus pérdidas le procuran mayor gloria que sus victorias, y su duelo que su triunfo.

Considerad que hasta en las acciones mismas que son vanas y frívolas, en el juego de las damas, en el de pelota y en otros semejantes, ese empeño rudo y ardiente de un deseo impetuoso, lanza incontinenti el espíritu y los miembros á la indiscreción y al desorden; todos así se alucinan y embarazan: quien procede con moderación más grande hacia el ganar ó el perder, se mantiene siempre dentro de sí mismo; cuanto en el juego menos se enciende y apasiona, lo lleva con mayor ventaja y seguridad.

Imposibilitamos, además, la presa y recogimiento del alma, brindándola con tantas cosas de que apoderarse: precisa sólo presentarla las unas, sujetarla otras ó incorporarlas otras: puede ver y sentir todas las cosas, mas únicamente de sí misma debe apacentarse; y debe hallarse instruida de lo que la incumbe esencialmente y de lo que esencialmente es su haber y su sustancia. Las leyes de la naturaleza nos enseñan lo que justamente nos precisa. Luego que los filósofos nos dijeron que según ella nadie hay que sea indigente, y que todos sean según su idea, distinguieron así sutilmente los deseos que proceden de aquella, de los que emanan del desorden de nuestra fantasía: aquellos que muestran el fin, son suyos; los que huyen ante nosotros y de los cuales no podemos tocar el límite, son nuestros: la pobreza de los bienes es fácil de remediar; la pobreza del alma es irremediable:

Nam si, quod satis est homini, id satis esse potesset,
Hoc sat, erat, nunc, quum hoc non est, qui credimur porro
Divitias ullas animum mi explere potesse ²?

Viendo Sócrates conducir pomposamente por su ciudad

1. Probablemente el rey de Navarra, después Enrique IV.

2. Pues si lo que para el hombre es suficiente pudiera bastarle, con ello estaría contento, mientras que no siendo así, ¿ qué riquezas juzgará bastantes á llenar su ánimo? LUCILIO, V, *apud Nonium Marcellum*.

una cantidad grande de riquezas, joyas y hermosos muebles: «Cuántas cosas, dijo, que yo no deseo.» Metrodoro se sustentaba con el peso de doce onzas de alimento por día; Epicuro, con dos menos. Metrocles dormía en invierno con los borregos, y en estío en los claustros de los templos: *sufficit ad id natura, quod poscit*¹. Cleanto vivía del trabajo de sus manos, y se alababa de que Cleanto, á quererlo, sustentaría aun á otro Cleanto.

Si lo que naturaleza exacta y originalmente de nosotros solicita para la conservación de nuestro ser es sobrado reducido, como en verdad así lo es (y cuán escaso sea lo que sustenta nuestra vida, no puede mejor expresarse sino considerando que es tan poco que escapa á los vaivenes y al choque de la fortuna por su nimiedad), dispénsmonos de lo que está más allá; llamemos naturaleza al uso y condición particular de cada uno de nosotros; tasémonos; sometámonos á esta medida; extendamos hasta ella nuestra pertenencia y nuestras cuentas, pues así paréceme que nos cabe alguna excusa. La costumbre es una segunda naturaleza y no menos poderosa que la naturaleza misma. Lo que á la mía falta, entiendo que á mi me falta, y preferiría casi lo mismo que me quitaran la vida que de aquélla me despojaran, desviándola lejos del estado en que por espacio de tanto tiempo ha vivido. Ya no me encuentro en el caso de experimentar una modificación esencial, ni de lanzarme á un nuevo camino inusitado, ni siquiera hacia el aumento de bienes. No es ya tiempo de convertirse en otro; y de la propia suerte que lamentaría alguna importante ventura que ahora me viniera á las manos, la cual no hubiera llegado en ocasión de poder disfrutarla,

Quo mihi fortunas, si non conceditur uti?²

lo mismo me quejaría de mi mejoramiento interno. Casi mejor vale no llegar nunca á ser hombre cumplido y competente en el vivir, que llegar á serlo tan tarde, cuando la vida se acaba. Yo que estoy con un pie en el estribo, resignaría fácilmente en alguno que viniera lo que aprendo de prudencia para el comercio del mundo, que no es ya sino mostaza después de la comida. Para nada me sirve el bien que no puedo utilizar. ¿De qué aprovecha la ciencia á quien ya no tiene cabeza? Es injuria y desfavor de la fortuna el ofrecernos presentes que nos llenan de justo despecho porque nos faltaron cuando podíamos utilizarlos. No he menester que me guíen, ya no puedo ir más adelante. De tantas partes como el buen vivir componen, la paciencia sola nos basta. Conceded la capacidad de un excelente tenor al cantante cuyos pulmones están podridos, y la elo-

1. Provee naturaleza lo que le falta. SÉNECA, *Epist.* 90.

2. ¿Para qué quiero las riquezas si no me dejan servirme de ellas? HORACIO, *Epist.*, 1, 5 y 12.

cuencia al eremita relegado en los desiertos de la Arabia. Ningún arte precisa la caída: con el fin se tropieza naturalmente, al cabo de cada trabajo. Para mí el mundo acabó y mi ser expiró; soy todo del pasado y me encuentro en el caso de autorizarlo, conformando con él mi salida. Quiero decir lo que sigue á manera de ejemplo: la nueva supresión de los diez días del año, hecha por el pontífice, me cogió tan bajo que no he podido acostumbrarme á ella: sigo los años como antaño los contábamos. Un tan antiguo y dilatado uso me reivindica y me llama, viéndome obligado á ser algo herético en esta parte, incapaz como soy de transigir con la novedad, ni siquiera con la que mejora. Mi fantasía, á despecho de mis dientes, se lanza siempre diez días atrás ó diez días adelante, y refunfuña á mis oídos: «Este precepto toca á los que han de ser.» Si la salud misma, por dulce que sea, viene á visitarme á intervalos, sólo es para procurarme duelo más bien que posesión de sí misma: no tengo donde guardarla. El tiempo me abandona; nada sin él se posee. ¡Ah! cuán poco caso haría yo de esas grandes dignidades electivas que por el mundo veo, las cuales no se otorgan sino á los hombres ya prestos á partir; en ellas no se mira tanto la puntualidad con que se ejercerán, como el escaso tiempo que se disfrutarán; desde la entrada se tiene presente la salida. En conclusión, héteme aquí, presto á rematar este hombre, y no á rehacer otro distinto; por largo hábito esta forma se me convirtió en sustancia, y el acaso trocóse en naturaleza.

Digo, pues, que cada uno de entre nosotros, seres débiles como somos, es excusable al estimar suyo lo que se halla comprendido en la medida de que hablé; pero pasado este límite todo es confusión y barullo; ésa es la más amplia extensión que podamos otorgar á nuestros derechos. Cuanto más ampliamos nuestras necesidades y nuestra posesión, más nos abocamos á los golpes de la fortuna y de las adversidades. La carrera de nuestros deseos debe hallarse circunscrita y restringida en un corto límite que comprenda las comodidades más próximas y contiguas; y debe, además, efectuarse no en línea recta, cuyo fin nos extravié, sino en un redondel, cuyos dos puntos se apoyen y acaben en nosotros merced á un breve contorno. Las acciones que se gobiernan sin esta mira como son las de los variciosos, las de los ambiciosos y las de tantos otros que se lanzan llenos de impetu, cuya carrera les lleva delante de sí mismos, son erróneas y enfermizas.

La mayor parte de nuestros oficios son pura farsa: *mundus univcrsus exercet histrioniam*¹. Es preciso que desempeñemos debidamente nuestro papel, pero como el de un personaje prestado: del disfraz y lo aparente no hay

1. Todo el mundo representa la comedia. PETRONIO.

que hacer una esencia real, ni de lo extraño lo propio: no sabemos distinguir la piel de la camisa, y basta con enharinarse el semblante sin ejecutar lo propio con el pecho. Muchos hombres veo que se transforman y transubstancian en otras tantas figuras y seres como funciones ejercen, y que se revisten de importancia hasta el hígado y los intestinos, llevando su dignidad á los lugares más excusados. No soy yo capaz de enseñarles á distinguir las bonetadas que les incumben de las que sólo miran á la misión que cumplen, ó bien á su séquito ó á su cabalgadura: *tantum se fortunæ permittunt, etiam uti naturam dediscant*¹; inflan y engordan su alma y su natural discurso según la altura de su punto prominente. El funcionario y Montaigne fueron siempre dos personajes distintamente separados. Por ser abogado ó hacendista hay que desconocer las trapaerías que encierran ambas profesiones: un hombre cumplido no es responsable de los abusos ó torpezas inherentes á su oficio, y no debe, sin embargo, rechazar el ejercicio del mismo; dentro está de la costumbre de su país, y en él se encierra provecho: no hay que vivir en el mundo y prevalerse de él, tal y como se le encuentra. Mas el juicio de un emperador ha de estar por cima de su imperio, y ha de verlo y considerarlo como accidente extraño, acertando á disfrutar individualmente y á comunicarse como Juan ó Pedro, al menos consigo mismo.

Yo no sé obligarme tan profundamente y tan por entero: cuando mi voluntad me entrega á un partido, no lo hace con tal violencia que mi entendimiento se corrompa. En los presentes disturbios de este Estado el interés propio no me llevó a desconocer ni las cualidades laudables de nuestros adversarios, ni las que son censurables en aquellos á quienes sigo. Todos adoran lo que pertenece á su bando: yo ni siquiera excuso la mayor parte de las cosas que corresponden al mío: una obra excelente no pierde sus méritos por litigar contra mí. Fuera del nudo del debate me mantuve con ecuanimidad y pura indiferencia; *neque extra necessitates belli, præcipuum odium gero*²: de lo cual me congratulo tanto más, cuanto que comunmente veo caer á todos en el defecto contrario: *utatur motu animi, qui uti ratione non potest*³. Los que dilatan su cólera y su odio más allá de las funciones públicas, como hacen la mayor parte, muestran que esas pasiones surgen de otras fuentes y emanan de alguna causa particular, del propio modo que quien se cura de una úlcera no por ello

1. Tanto confían en la fortuna, que hasta la naturaleza menosprecian. QUINTO CURCIO, III, 2, 18.

2. Ni llevo mi animosidad más lejos de lo que exigen las necesidades de la guerra.

3. El que no tiene de su parte la razón acude á la violencia. CICERÓN, *Tuscul. Quæst.*, IV, 25

se limpia de la fiebre, lo cual prueba que ésta obedecía á una causa más oculta. Y es que no están sujetos á la cosa pública en común y en tanto que la misma lastima el interés de todos y el del Estado; la detestan sólo en cuanto les corroe en privado. He aquí por qué se pican de pasión particular más allá de la justicia y de la razón generales: *non tam omnia universi, quam ea, quæ ad quemque pertinerent, singuli carpebant*¹. Quiero yo que la ventaja quede de nuestro lado, mas no saco las cosas de quicio si así no sucede. Me entrego resueltamente al más sano de los partidos, pero no deseo que se me señale especialmente como enemigo de los otros y por cima de la razón general. Acuso profundamente este vicioso modo de opinar: «Es de la liga porque admira la distinción del señor de Guisa. La actividad del rey de Navarra le pasma, pues es hugonote. Encuentra qué decir de las costumbres del monarca, pues es entrañablemente sedicioso»; y no concedi la razón al magistrado mismo al condenar un libro por haber puesto á un herético entre los mejores poetas del siglo. ¿No osaríamos decir de un ladrón que tiene la pierna bien formada? Porque una mujer sea prostituta, ¿necesariamente ha de olerle mal el aliento? En tiempos más cuerdos que éstos, ¿se anuló el soberbio título de Capitolino, otorgado á Marco Manlio como guardador de la religión y libertad públicas? ¿Se ahogó la memoria de su liberalidad y de sus triunfos militares, ni la de las recompensas concedidas á su virtud porque fingió luego la realenza en perjuicio de las leyes de su país? Si toman odio á un abogado, al día siguiente pierde toda su elocuencia. En otra parte hablé del celo que empuja á semejantes extravíos á las gentes de bien, mas por lo que á mí respecta sé muy bien decir: «Hace malamente esto y virtuosamente lo otro.» De la propia suerte, en los pronósticos ó acontecimientos siniestros de los negocios quieren que cada cual en el partido á que está sujeto sea cegado y entorpecido; que nuestra apreciación y nuestro juicio se encaminen, no precisamente á la verdad, sino al cumplimiento de nuestros anhelos. Más bien caería yo en el extremo contrario; tanto temo que mi voluntad me engañe, á más de desconfiar siempre supersticiosamente de las cosas que deseo.

En mi tiempo he visto maravillas en punto á la indiscreta y prodigiosa facilidad como los pueblos se dejan llevar y manejar por medio del crédito y la esperanza; fueron dando plazo y fué útil á sus conductores por cima de cien errores amontonados unos sobre otros, trasponiendo ensueños y fantasmas. Ya no me admiro de aquellos á quienes embaucan las ridiculeces de Apolonio y de Mahoma. El

1. No trataban todos juntos de todo, sino que cada cual atendía á aquello en que le iba algún interés particular. TITO LIVIO, XXXIV, 36.

sentido y el entendimiento de esos otros está enteramente alagado en su pasión: su discernimiento no tiene á mano otra cosa sino lo que les sonríe y su causa reconforta. Soberanamente eché de ver esto en nuestro primer partido febril; el otro, que nació luego, imitándole le sobrepuja; por donde caigo en que la cosa es una cualidad inseparable de los errores populares; una vez el primero suelto, las opiniones se empujan unas á otras, según el viento que sopla, como las ondas; no se pertenece al cuerpo social cuando puede uno echarse á un lado, cuando no se sigue la común barahunda. Mas en verdad se perjudica á los partidos justos cuando se los quiere socorrer con truhanes; siempre me opuse á ello por ser medio que sólo se conforma con cabezas enfermizas. Para con las sanas hay caminos más seguros (no solamente más honrados) á mantener los ánimos y á preservar los accidentes contrarios.

Nunca vió el cielo tan pujante desacuerdo como el de Pompeyo y César, ni en lo venidero lo verá tampoco; sin embargo, pareceme reconocer en aquellas hermosas almas una grande moderación de la una para con la otra. Era el que les impulsaba un celo de honor y de mando, que no les arrastraba al odio furioso y sin medida, sin malignidad ni maledicencia. Hasta en sus más duros encuentros descubro algún residuo de respeto y benevolencia, y entiendo que de haberles sido dable cada uno de ellos habría deseado cumplir la misión impuesta sin la ruina de su compañero más bien que con ella. ¡Cuán distinto proceder fué el de Sila y Mario! Conservad el recuerdo de este ejemplo.

No hay que precipitarse tan desesperadamente en pos de nuestras afecciones é intereses. Cuando joven, me oponía yo á los progresos del amor, que sentía internarse demasiado en mi alma, considerando que no llegaran á serme gratos hasta el extremo de forzarame y cautivarame por completo á su albedrío; lo mismo hago en cuantas ocasiones voluntad se prenda de un apetito extremo, ladeándome mi sentido contrario de su inclinación, conforme lo veo sumergirse y emborracharse con su vino; huyo de alimentar el placer tan adentro que ya no me sea dable poseerlo de nuevo sin sangrienta pérdida. Las almas que por estultez no ven los rosas sino á medias gozan de esta dicha: las que perjudican las hieren menos; es ésta una insensibilidad espiritual que muestra cierto carácter de salud, de tal suerte que la filosofía no la desdeña; mas no por ello debemos llamarla prudencia, como á veces la llamamos. Alguien en lo antiguo se burló de Diógenes del modo siguiente: yendo el filósofo completamente desnudo en pleno invierno abrazaba una estatua de nieve con el fin de poner á prueba su resistencia, cuando aquél, encontrándole en esta disposición, le dijo: «¿Tienes ahora mucho frío? — Ninguno, respondió Diógenes. —

Entonces, repuso el otro, ¿qué pretendes hacer de ejemplar y difícil así como estás?» Para medir la constancia, necesariamente precisa conocer el sufrimiento.

Pero las almas que hayan de experimentar accidentes contrarios y soportar las injurias de la fortuna en la mayor profundidad y rudeza; las que tengan que pesarlas y gustarlas según su agriura natural y abrumadora, deben emplear su arte en no aferrarse en las causas del mal, apartándose de sus avenidas, como hizo el rey Cotys, quien pagó liberalmente la hermosa y rica vajilla que le presentaran; mas como era singularmente frágil, él mismo la rompió al punto para quitarse de encima de antemano una tan fácil causa de cólera para con sus servidores. Análogamente evité yo de buen grado la confusión en mis negocios, procurando que mis bienes no estuvieran contiguos á los que me tocan algo, ni á los que tengo que juntarme en amistad estrecha, de donde ordinariamente nacen gérmenes de querella y disensión. Antaño gustaba de los juegos de azar, ya fueran cartas ó dados; ya los deseché ha largo tiempo, porque por excelente que apareciera mi semblante cuando perdía, siempre había en mí interiormente algún rasguño. Un hombre de honor que haya de soportar el ser como embustero considerado y experimentar además una ofensa hasta lo recóndito de las entrañas, el cual sea incapaz de adoptar una mala excusa como pago y consuelo de su desgracia, debe evitar la senda de los negocios dudosos y la de las altercaciones litigiosas. Yo huyo de las complexiones tristes y de los hombres malhumorados como de la peste; y en las conversaciones en que no puedo terciar sin interés ni emoción, para nada intervengo si el deber á ello no me fuerza: *melius non incipient, quam desinent*¹. Así, pues, es el medio más acertado de proceder el estar preparado antes de que las ocasiones lleguen.

Bien sé que algunos hombres juiciosos siguieron camino distinto, comprometiéndose y agarrándose hasta lo vivo en muchas dificultades; estas gentes se aseguran de su fuerza, bajo la cual se ponen á cubierto en toda suerte de sucesos enemigos, haciendo frente á los males con el vigor de su paciencia:

Velut rupes, vastum quæ prodit in æquor,
Obvia ventorum furis, expositaque ponto,
Vim cunctam atque minas perferet cœlique marisque,
Ipsa immota manens².

No intentemos seguir tales ejemplos, pues no serían prácticos para nosotros. Los revoltosos se obstinan en ver sin inmutarse la ruina de su país, que poseía y mandaba toda

1. Mejor no comienzan que se contienen. SENECA, *Epist.* 72.

2. Como la roca que avanza en el ancho océano, abierta al empuje de los vientos y expuesta al choque de las olas, permaneciendo inmovible contra todo el poder junto del cielo y del mar. VIRGILIO, *Eneida*, X, 693.